



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Unidos somos más fuertes. Imaginemos seriamente un Ejército europeo

Ignacio Fuente Cobo

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

21 de marzo de 2026

En los años previos a la invasión de Ucrania, las reticencias de diversos países europeos a ceder soberanía nacional y el temor a un debilitamiento de la relación con los Estados Unidos hicieron políticamente imposible pensar en la creación de un «ejército» europeo que sirviera como herramienta de política exterior y defensa de la UE. En los últimos tiempos, sin embargo, la situación ha cambiado. Con riesgos y amenazas crecientes para Europa, cada vez se abre más camino la idea de que ha llegado el momento de proporcionar una respuesta integral europea a las amenazas procedentes de cualquier dirección.

Ello se ha traducido en un incremento sustancial del apoyo de las sociedades europeas a una política común de seguridad y defensa que supere la fragmentación militar e industrial que sufre la Unión y su dependencia estratégica de los Estados Unidos. Como afirmara el Comisario de Defensa de la UE, Andrius Kubilius, en el discurso pronunciado el 11 de enero de 2026, bajo el título «Europa bajo presión»:

Europa no puede ser un espectador de su propia seguridad. No podemos permitir que el destino de 450 millones de europeos dependa de unos pocos miles de votos en estados como Pensilvania o Michigan.

Ha sido Kubilius quien mejor ha perfilado una visión clara e integrada de la defensa europea, en la que una UE fuerte políticamente y autónoma militarmente debe prepararse, en los próximos años, para los escenarios más adversos, incluyendo una ruptura estratégica con los Estados Unidos, o una posible confrontación con Rusia.



Se abre así la puerta a la idea de crear un Ejército europeo, reemplazando la actual división funcional en la Alianza Atlántica, donde los Estados Unidos aportan el «cerebro» del mando y control y el «nervio» de la inteligencia y otros capacitadores críticos, mientras las naciones europeas proporcionan el «músculo» operativo. En el futuro, todas estas funciones deberán ser proporcionadas por los europeos.

El éxito de este proceso de transformación depende de una reforma clave en el Artículo 42.7 del Tratado de Lisboa: eliminar la regla de la unanimidad en la cláusula de asistencia mutua. Al adoptar un sistema de mayoría cualificada, la Unión

Europea ganaría capacidad de respuesta, impidiendo que países individuales veten el empleo de fuerzas militares en situaciones críticas. Esto permitiría crear una garantía de defensa colectiva europea, automática y vinculante, de manera que la respuesta ante un ataque fuera coordinada desde Bruselas y no desde las capitales nacionales.

Para lograrlo, Kubišius propone la creación de un Consejo de Seguridad Europeo que actúe como «pilar político» de la defensa de Europa. Este pilar actuaría como un órgano ejecutivo de composición reducida (10-12 miembros), donde algunos miembros serían permanentes (el llamado grupo E5: Alemania, Francia, Italia, España y Polonia) y el resto de los 27 Estados de la UE irían rotando.

La ventaja de este modelo está en la rapidez de la toma de decisiones ante las amenazas, al pasar de los largos debates actuales a un sistema de mandatos preautorizados ante una crisis. El principal inconveniente es que toca la fibra más sensible de los Estados miembros, como es la soberanía nacional. Otros problemas se derivarían de la aparición de tensiones entre países «grandes» y «pequeños», donde estos últimos temiesen quedar relegados a «Estados de segunda clase» en materia de seguridad, o la necesidad de compatibilizar distintas sensibilidades regionales, dado que, por ejemplo, los intereses de seguridad de un país mediterráneo no son los mismos que los de uno que hace frontera con Rusia.

El siguiente paso sería la definición y diseño de una estructura militar propiamente europea. Ello supondría la creación de un Cuartel General Operativo permanente (OHQ) que tuviera una capacidad equivalente a la del SHAPE (*Supreme Headquarters Allied Powers Europe*) de la OTAN. Aquí se corre un riesgo evidente de «Duplicidad» con la OTAN que quedaría debilitada, dado que Europa no tiene, ahora mismo, ni dinero ni personal suficiente para alimentar dos estructuras de Mando distintas. Además, una estructura europea podría ser interpretada en Washington como un deseo de «desengancharse», justo cuando más necesita Europa su paraguas nuclear.

Una posible solución pasaría por «europeizar» gradualmente la estructura de la OTAN, empezando por la figura del SACEUR (*Supreme Allied Commander Europe*) que tradicionalmente ha sido un general de cuatro estrellas norteamericano, el cual sería reemplazado por un oficial europeo. Un mando europeo necesitará un Centro de Inteligencia Militar de la UE con una red de satélites y espionaje de igual nivel que el del SACEUR. También deberá contar con un presupuesto de defensa propio para disponer de recursos sin esperar votaciones presupuestarias en 27 parlamentos nacionales.

No menos importante es el tema del control nuclear, dado que SACEUR gestiona el despliegue de las armas nucleares tácticas en Europa. Reemplazarlo obligaría a

la UE a dotarse de su propia fuerza nuclear, a lograr que Francia integre su *Force de Frappe* en la estructura de mando europea, algo a lo que, hasta ahora, París se ha negado.

En tanto no se resuelvan estos problemas, será prácticamente imposible que los norteamericanos acepten transferir el mando, al menos mientras mantengan capacidades críticas dentro de la OTAN. Una solución intermedia, menos radical, para fortalecer la autonomía estratégica europea sin romper el vínculo transatlántico, pasaría por la «europeización» de la cadena de mando operacional de la OTAN, un proceso que ya ha comenzado, haciendo que los europeos tengan mayor capacidad de decisión y ejecución en los escenarios que les afectan directamente.

Esta es la lógica de la decisión adoptada en febrero de 2026, por la que los tres mandos operacionales de nivel «cuatro estrellas» de la OTAN - *Joint Force Command Norfolk*, *Joint Force Command Naples* y *Joint Force Command Brunssum* -, que son los que dirigen las operaciones de crisis y los conflictos, pasan a estar bajo mando europeo. También lo hace, en el nivel táctico, el nuevo Mando Terrestre en Mikkeli (MCLCC-N, Finlandia), inaugurado en septiembre de 2025 para coordinar las fuerzas terrestres en el Ártico y frente a la frontera rusa, que queda bajo responsabilidad europea y subordinado al *Joint Force Command Norfolk*.

Como contrapartida, y a modo de compensación estratégica, Estados Unidos asumirá el liderazgo del *Allied Maritime Command* (MARCOM) en el Reino Unido, manteniendo además el puesto de Comandante Supremo Aliado en Europa (SACEUR), lo que garantiza que Washington siga teniendo la última palabra en la estrategia global de la Alianza.

Estamos, por tanto, ante un paso todavía tímido pero correcto, en la dirección de una mayor «europeización» de la seguridad del continente. A Europa se le está asignando más responsabilidad operativa, aunque las llaves del verdadero poder – inteligencia, comunicaciones y mando estratégico– siguen firmemente en manos norteamericanas.

Una forma de evitar que esta reorganización, camuflada como autonomía europea, termine siendo una forma sofisticada de mantener el control externo, pasaría por la creación de un «SACEUR» europeo que reportase directamente al Consejo Atlántico en aquellos asuntos de interés para Europa. Durante el periodo de transición, se emplearía lo que analistas como Biscop, del *Egmont Institut*, denominan el sistema de «doble gorra», donde un general europeo actuaría como comandante en Jefe de la UE para misiones puramente continentales y, al

mismo tiempo, como segundo en el mando (o líder del pilar europeo) dentro de la OTAN.

La generalización de esta fórmula, que ya se ha utilizado en la Misión Althea de la Unión Europea en Bosnia-Herzegovina, permitiría emplear las capacidades militares aliadas de forma flexible tanto en misiones autónomas de la UE, como en el marco de la Alianza Atlántica. Los activos de la OTAN (satélites, radares, AWACS) podrían emplearse para misiones europeas, sin necesidad de que un general estadounidense firme la orden de ejecución.

Esta opción proporcionaría un cierto equilibrio entre mantener la actual estructura de mandos de la OTAN y «europeizar» el liderazgo, al integrar las capacidades de la UE bajo el paraguas de la OTAN, pero asegurando que el mando operativo atienda las preocupaciones estratégicas del continente. El hecho de que los países europeos aporten ahora el 2% (o más) de su PIB para Defensa y hayan reforzado su base industrial favorece esta opción, entendida como paso previo a rotar el mando supremo y a su asignación a un europeo.

Una visión más europeísta pasaría por mantener la estructura anterior OTAN en el nivel estratégico, pero simultáneamente crear una estructura de mando y control europea en el nivel operacional, a través de la cual se ejecutasen las misiones de la UE, incluida la defensa territorial. Hasta la fecha, la UE solo tiene pequeñas células de planificación para misiones civiles o de entrenamiento, por lo que se necesitaría transformar la actual Capacidad Militar de Planificación y Ejecución (MPCC) de la UE en un Cuartel General de Guerra permanente, con medios para dirigir operaciones europeas a gran escala, de forma independiente. La MPCC tendría autoridad directa sobre las unidades asignadas, sin necesidad de permiso de los ministerios nacionales, ni del SACEUR norteamericano.

El personal de este Cuartel General sería aportado por las naciones siguiendo una carrera profesional mixta nacional y europea, de manera que, por ejemplo, un oficial pudiera empezar en el ejército español, diplomarse de Estado Mayor en Bruselas y terminar mandando una división del Cuartel General multinacional. Algunos líderes europeos, como el anterior canciller alemán Olaf Scholz sugieren, incluso, la creación de una Academia Militar europea, donde se formen los oficiales que mandarán las unidades integradas europeas, asegurando así que todos aplican una misma doctrina.

Como paso previo, se podría unificar la formación de las academias militares de los países europeos fomentando el «Erasmus» militar, de manera que los cadetes de diferentes países realizaran una parte importante de la misma en otros estados miembros. Ello permitiría garantizar que todos hablan el mismo «idioma táctico» (probablemente en inglés) y utilizan los mismos procedimientos, desde los

momentos iniciales de su formación militar. También se fomentaría el sentimiento de identidad europea.

Lo segundo, sería sustituir los «habilitadores militares críticos» que los europeos no tienen y que son proporcionados por los Estados Unidos. Se trata de potenciar industrialmente aquellas capacidades que constituyen el «sistema linfático» que mueve los ejércitos en una guerra a gran escala como son la Inteligencia, Vigilancia y Reconocimiento (ISR), donde Estados Unidos proporciona la inmensa mayoría de la red de satélites militares que permiten ver qué hace el enemigo en tiempo real, o el transporte estratégico, incluyendo aviones de transporte pesado, o de repostaje en vuelo necesarios para proyectar fuerza lejos del territorio europeo y realizar misiones de larga distancia.

También Europa debería diseñar su propio «escudo antimisiles» para proteger su territorio mediante una red integrada continental y potenciar sus medios de supresión de defensas aéreas enemigas (SEAD), sin la cual los pilotos europeos corren un riesgo altísimo frente a los radares y misiles antiaéreos enemigos. El «Escudo Espacial Europeo», liderado por la Comisión Europea y centrado en la resiliencia espacial, o la propuesta más avanzada y más «física» del *European Sky Shield Initiative* (ESSI) liderada por Alemania, son pasos, todavía embrionarios, en la correcta dirección.

En definitiva, se trata de que Europa no solo tenga los «músculos» (aviones y carros de combate), sino también el «cerebro» (satélites), los «nervios» (comunicaciones) y las «venas y arterias» (logística y combustible) que hacen que los músculos funcionen en una guerra real.

El siguiente paso, y quizá el más crítico, sería la integración de unidades militares europeas en una estructura única, que sirviera como embrión de un Ejército Europeo. Este es uno de los temas más recurrentes, polémicos y complejos del diseño de la arquitectura futura de la seguridad europea. Quienes sostienen que solo una fuerza unificada puede defender el continente suelen apoyarse en argumentos de eficiencia operativa, soberanía estratégica y pragmatismo económico, mientras que los que se oponen, argumentan la barrera de la soberanía nacional y el temor a que un ejército europeo pueda debilitar la alianza con una OTAN, que consideran su principal garantía de seguridad frente a Rusia.

La realidad es que transformar la actual estructura de ejércitos nacionales en una estructura militar europea, supone un reto complejo que no solo es militar, sino también político, legal e industrial. Requiere dotar a la UE de una fuerza permanente que actúe como la «columna vertebral» de la defensa convencional del continente, combinando unidades militares pertenecientes a ejércitos nacionales con siglos de historia en una estructura integrada y armónica. No es un proceso

fácil, ni rápido, pero tampoco es una misión imposible, sobre todo si aceptamos que Europa puede verse sumida en cualquier momento al *shock* estratégico de la guerra.

Algunos pasos se están ya dando en esta dirección. La propuesta del Comisionado de Defensa, Kubilius, formulada en enero de 2026, es que esta fuerza europea conste de 100.000 efectivos, -aproximadamente el número de tropas estadounidenses estacionadas en Europa en los últimos años-, un número que es considerado el mínimo para formar la «masa crítica» que permita cubrir el flanco oriental (la frontera con Rusia) y atender simultáneamente otras áreas de crisis (como el Sahel, o el Ártico).

La integración se basaría en varios pilares fundamentales. Por una parte, se emplearían «Bloques Modulares» siguiendo el modelo del *Eurocuerpo*. No se trata de disolver los ejércitos nacionales, que seguirían cumpliendo sus funciones de defensa de los intereses específicamente nacionales, sino de crear unidades «enchufables» con procedimientos estandarizados OTAN, pero bajo mando de la UE.

Cada país asignaría unidades de distinta categoría para formar estos «bloques» dando lugar a un «pool» de fuerzas de la UE, las cuales entrenarían juntas, bajo mando europeo, de manera similar a cómo funcionan las fuerzas de reacción de la OTAN. Más que de poner una bandera común, el objetivo sería que, por ejemplo, un batallón de infantería ligera polaco, un grupo de artillería francés y un batallón mecanizado español operasen de una manera integrada, armónica y eficaz bajo un mando europeo.

El resultado pretendido, según esta propuesta técnica que está ganando peso dentro de la Comisión, sería la creación de Brigadas multinacionales compuestas por fuerzas asignadas permanentemente por los estados, como la Brigada Franco-alemana, pero distribuidas por todo el territorio de la Unión. Los soldados seguirían siendo españoles, polacos o franceses, pero su mando y entrenamiento diario dependerían de una estructura de mando y control europea, cuya cúspide estaría en Bruselas. El nivel de ambición estaría en alcanzar los 100.000 efectivos, mediante cuotas por país basadas en su población y PIB, o parámetros equivalentes.

Por otra parte, se potenciaría la llamada Capacidad de Despliegue Rápido (RDC) más allá de los 5.000 soldados que propone la Brújula Estratégica de la UE, la cual se emplearía para intervenciones quirúrgicas y urgentes. Se trata de crear una fuerza de «élite» multinacional, compuesta por unidades de los países miembros (España, Francia, Alemania, etc.) cedidas permanentemente a un Mando europeo que se entrenarían juntas y estarían «preposicionadas» (*Stand by*) para intervenir

inmediatamente en defensa de los intereses de la UE. Los soldados llevarían la bandera de Europa, además de la propia nacional. El gran problema que presenta esta propuesta sigue siendo el mismo que hizo inoperantes los *Battlegroups*. Su empleo requerirá la unanimidad del Consejo Europeo para activarse, algo que, hoy por hoy, es muy difícil de lograr. Si un solo país la veta, la fuerza no se mueve.

Una opción alternativa, más radical y federalista, sería la propuesta del grupo político *Renew Europe*, impulsada por el partido de Macron y apoyada por figuras como el ex primer ministro belga Guy Verhofstadt, de reclutar directamente a ciudadanos europeos, sin pasar por los ministerios de defensa nacionales. Se trata de crear una especie de «Legión Europea» (similar a la Legión Extranjera francesa, pero para ciudadanos de los 27), donde los soldados cobrarían un sueldo competitivo, que incluiría beneficios fiscales y un sistema de pensiones unificado. Además, tendrían uniformes con insignias europeas y responderían únicamente ante la Comisión. Desde el punto de vista operativo, este modelo permitiría a la UE responder rápidamente a crisis propiamente europeas, evitando que un país pueda vetar su empleo.

La aprobación de cualquiera de estas propuestas requiere una logística multinacional compartida con la creación de centros de mantenimiento regionales donde, por ejemplo, si un blindado sueco se avería en Rumanía, los mecánicos rumanos tengan las piezas y el conocimiento para repararlo inmediatamente. Ello nos lleva a la necesidad de homogeneizar los equipos y materiales y, con ello, a resolver favorablemente el espinoso debate de una mayor integración de las industrias de Defensa.

Dotar de personal a una fuerza de tal magnitud, sin dismantelar los ejércitos nacionales, va a requerir igualmente una financiación propia, la cual se haría a través de un Presupuesto Único de Defensa gestionado por Bruselas, que sirviese para pagar el entrenamiento y el equipo de las unidades integradas. Los fondos para mantener 100.000 soldados equipados con tecnología puntera se obtendrían mediante la emisión de Eurobonos de Defensa (similar al fondo *NextGeneration EU*). También, se podría permitir a los Estados miembros recuperar el IVA de las compras de armamento siempre que se realicen de forma conjunta y se pongan a disposición de la fuerza integrada. Finalmente, se utilizaría el presupuesto comunitario (Marco Financiero Plurianual) para reorientar fondos que actualmente van a cohesión o agricultura hacia el nuevo Fondo Europeo de Defensa (EDF) con vistas a cubrir los salarios y el mantenimiento operativo.

Como conclusión, podría decirse que la creación de un ejército europeo es, hoy por hoy, el reto político, militar y logístico más complejo de la Unión Europea, ya que supone superar las reticencias de muchos países a perder el control sobre sus

propias tropas y permitir que un grupo reducido decida por mayoría cualificada en nombre de todos.

No es una decisión fácil y, ni siquiera, estamos seguros de su éxito; pero quizá haya llegado el momento de empezar a pensar que, en un escenario de defensa sin las garantías norteamericanas y con riesgos de seguridad existenciales, tiene poco sentido el mantenimiento de veintisiete «ejércitos bonsái»; todos con las estructuras de un ejército real, pero a una escala tan pequeña que carecen de la masa crítica necesaria para una defensa continental y de la capacidad de combate real y sostenida para un conflicto de alta intensidad.

No se trata de romper militarmente con Estados Unidos, pero la prudencia estratégica aconseja «imaginar seriamente» cómo sería una arquitectura de seguridad europea sin ellos. Se trata de resolver razonablemente la compleja transición desde la dependencia protegida, a la autonomía europea responsable, dando respuesta a preguntas con profundas connotaciones políticas y sentimentales sobre la soberanía. ¿Está dispuesta Europa a crear un Ejército europeo real y dejar de estar sometida al arbitrio de las superpotencias, o preferirá seguir siendo una colección de estados melancólicos y poco relevantes militarmente, que dependen del humor de los votantes en Pensilvania o Michigan?

En 1962, el presidente norteamericano John F. Kennedy, en un discurso histórico, dijo que había que ir a la Luna «no porque sea fácil, sino porque es difícil» y lo lograron. En un mundo geopolítico, en el que las grandes potencias se adjudican esferas de influencia y los más fuertes dictan las reglas, Europa necesita redefinir su seguridad en términos de independencia estratégica y dejar de ser un mercado común protegido por otros. La Historia demuestra que son este tipo de retos los que mueven a las sociedades a reaccionar y actuar, cuando tienen voluntad de vencer. Así es como se diseña el futuro y, así, es como Europa tiene que construir el suyo. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026